

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx
En Internet <http://www.geocities.com/sergiomontesgarcia>

NO. 170

MEDITACIONES SOBRE EL ALMA INDÍGENA

Agustín Yáñez
1904-1980

*Agustín Yáñez Delgadillo (nació en Guadalajara, Jal., el 4 de mayo; murió en la ciudad de México, el 17 de enero) es reconocido como uno de los más sobresalientes prosistas mexicanos. Su amplísima producción literaria abarca estudios de crítica literaria, ensayos históricos y filosóficos, novelas, etc. Dirigió revistas literarias tales como **Bandera de Provincias** (1929-1930) y **Occidente** (1944-1945). Fue profesor de la UNAM, entre otras instituciones educativas, estuvo a cargo del gobierno de Jalisco y cumplió en digno papel como titular de la Secretaría de Educación Pública. Algunas obras suyas son: **Flor de juegos antiguos** (1942), **Archipielago de mujeres** (1943), **Al filo del agua** (1947), **La creación** (1959), **La tierra pródiga** (1960), **Los sentidos al aire** (1964).*

Perviven testimonios auténticos de lo que fue y pudo heredarnos la cultura de nuestros ancestros prehispánicos.

En primer lugar, las artes plásticas, desde la cerámica hasta la arquitectura, pasando por los estudios de la escultura y los códices; cualesquiera sean el espacio y el tiempo de su localización, aquellas formas no dejan lugar a duda sobre la magnificencia y sutileza del espíritu que alentó su creación; la obra del tiempo, de la incuria, de las equivocaciones y de los sectarismos, lejos de quebrantar la majestad, acentúa el poderoso misterio con que hoy, como en los días prístinos de la conquista, monumentos, máscaras, códices pasman el ánimo que se les enrostra.

En segundo término, el genio de las lenguas indígenas atestigua con fuerza no menor la capacidad propia de quienes las emplearon y trabajaron. La eficiencia y la belleza de una lengua deben medirse por su aptitud para la expresión de ideas abstractas y de conceptos espirituales.

El acervo de creencias religiosas, la técnica ritual y las costumbres derivadas de ello son el tercer gran testimonio del alma indígena, tampoco invalidado por las oscuridades que le son propias, ni por los errores de interpretación que ha padecido muy desde el principio de la conquista, ni por la mezcla de ideas, ritos y costumbres que suelen desfigurarlos a distancia de siglos; el temor o la ignorancia de algunos de los aborígenes que fueron consultados al respecto por los misioneros, la insuficiente comprensión de algunos de éstos y su afán por explicar lo antiguo desde el punto de vista cristiano y servirse del viejo sentimiento mágico para infiltrar la nueva religión, las refracciones del asunto en los diversos cronistas que lo recogieron, la política persecutoria y de olvido son otros tantos tamices que al dejar escapar ciertas notas vivas, invariables y unánimes, no hacen más que probar su autenticidad. Bien lo declara uno de los compiladores inmediatos e insignes, Fray Bernardino de Sahagún, cuando dice: "Lo que en este volumen está escrito no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo." Aquello era tan vivo, que la prosecución y publicación de la obra sahguntina fueron estorbadas, por juzgársela peligrosa de dar pábulo a los sentimientos indígenas, nunca completamente domeñados.

Los rasgos auténticos que conservamos de las religiones primitivas, ya sean vistas como objetos o como suma de vivencias subjetivas, coinciden con las notas esenciales que descubrimos en las artes plásticas y en las formas lingüísticas, fundiéndose unas y otras para dar categórico testimonio de las facultades autóctonas, luego sin duda en mucho transfundidas —como acto y como potencia o disposición múltiple— sobre lo que hoy constituye la mexicanidad.

En todos los ámbitos de las culturas prehispánicas aparece como facultad sobresaliente una fuerza de abstracción ejercitada sistemáticamente y con gran energía. No es difícil descubrirla en los testimonios de la plástica, que han llegado hasta nosotros; la abstracción determina una de las características invariables observadas por Alfonso Caso en el arte prehispánico y, en general, en el arte mexicano, aun en sus manifestaciones más recientes.

Parejo a la fuerza de abstracción y en constante juego con ella, el realismo aparece como suprema categoría del alma



Octubre 25 de 2003

Academia de Humanidades FES-Acatlán

indígena: realismo en las formas lingüísticas, realismo en las concepciones y representaciones religiosas, tremendo y absoluto realismo el de los sacrificios humanos, el de los corazones palpitantes como sumas ofrendas dignas de lo sobrenatural; realismo en los cómputos y signos cronológicos, en los estilos de vida suntuarios y domésticos, en la base de los símbolos mágicos empleados por aquellas gentes; realismo sostenido, minucioso, naturalista, en el cual sólo advierten algunos los aspectos groseros, insoportables a la sensibilidad cristiana.

En el juego de realismo y abstracción aparece otra que podría llamarse facultad de paradoja, conciliadora de términos contrarios, y esto por modos que debieron ser fáciles y habituales, aunque no así los comprenda nunca, ni alcance la congruencia de sus formas el alma occidental, para quien la terrible grandeza de Coatlicue o el nexo de mutua sustentación entre vida y muerte serán siempre insolubles enigmas. La belleza de los mitos astronómicos y el amasamiento con sangre de las materias que servirían a la construcción de ídolos; las fiestas reverenciales a los cautivos que, representando la figura de ciertos dioses, luego serían sacrificados; el materialismo de las ofrendas y los ritos funerarios juntamente con las creencias en el destino sobrenatural de ciertos muertos; el rígido ascetismo ligado con la sensualidad y los desenfrenos, principalmente en algunas fiestas religiosas de primer orden; la suprema exaltación de la vida por el derramamiento de sangre y por la muerte de millares humanos; la glorificación de los enemigos sacrificados en actos de culto, etcétera, son formas vividas por los aborígenes con la mayor naturalidad y a las cuales hallaban una lógica rigurosa, mediante la agilidad mental, emocional y volitiva, que ponía en relación estrecha muy diversos planos de realidades, ajustando símbolos y estilos con tremenda elocuencia, con significación profunda y con una desconcertante originalidad.

Ello viene a poner de relieve otro de los elementos constitutivos del alma indígena: es —a saber— su capacidad poética, en sentido estricto. El hombre prehispánico se mueve dentro de una selva intrincada de ficciones construidas con realidades heterogéneas, y no hay paso que carezca de sentido cabalístico. Al momento de nacer, y aun antes, lo envuelve la tupida red: ceremonias y sortilegios nupciales, técnicas de magia durante la gravidez y en el alumbramiento, fatalismo astrológico del recién parido, inescindible relación entre el calendario y las ideas religiosas, convenciones que sujetaban el proceso educativo y el destino social. En los astros, en los cielos, en las montañas, en fuentes, ríos, lagos y mares, en árboles y plantas, en cada especie animal existe un oculto sentido que alienta invisibles espíritus; apenas hay sitio que no se halle dedicado a alguna divinidad; hogares, calles, caminos, mercados, escuelas, tienen su dios tutelar; por humilde que sean, todas las cosas poseen virtudes mágicas, fastas o nefastas, cualidades más importantes para el hombre que las propiedades inmediatas, utilitarias, que le pueden brindar y que no aprovechará si a su necesidad se interpone el prejuicio mítico anterior. El alma indígena es una persistente proyección sentimental hacia todos los rumbos y la fuerza de su fantasía crea en torno suyo un mundo de doble fondo, con doble perspectiva.

En esta situación se desarrolla la facultad que mejor ha sido vista y que llamaremos de desasimienta. Ella engendra múltiples actitudes características del indio: sus estados de

ánimo que van desde la melancolía hasta la oscura, pesadísima tristeza; desde la expectación hasta la inercia, el desprecio por la vida y sus pompas, la gozosa familiaridad con la muerte, lo imperturbable de su gesto a miserias y calamidades. Cuando los extranjeros destruyeron la doble dimensión del mundo indígena, el desasimiento y la estática desorientación de los nativos constituyó el más grave problema de la nueva nacionalidad.

En el transcurso de las consideraciones anteriores ha podido ser vista otra facultad céntrica que, con amplitud semejante a lo religioso, abarca y limita las intuiciones de orden diverso y las proyecciones emocionales del alma indígena: esta facultad es la de expresión plástica. El indio es capaz de manifestar por medio de líneas, colores y volúmenes, así las realidades inmediatas, aprehensibles por los sentidos, como los conceptos intelectuales más abstrusos, las creaciones poéticas, los misterios religiosos, las decisiones volitivas.

La facultad de expresión plástica se manifiesta en la estructura de las lenguas por la fuerza simbólica de los vocablos, cuya morfología concierta pluralismos significativos; y al modo como en las artes visuales los colores tienen un valor metafórico, en las lenguas el cambio de acentos y la introducción de partículas desenvuelven los contenidos de las voces, cuya descomposición etimológica equivale a seguros análisis de expresiones plásticas: véanse, por ejemplo, las riquezas significativas en la etimología de los nombres asignados a las divinidades aztecas, verdaderos jeroglíficos lingüísticos que descubren el sentimiento plástico en ellos proyectado.

La religión toda, con su absoluto poder de absorción vital, es una ininterrumpida serie de conceptos, emociones y formas de orden plástico. Quizá si aquellas gentes hubieran alcanzado la escritura fonética, abandonando el ámbito pictórico desde donde pensaban, sentían y querían, otra fuera la fisonomía de su vida y de su cultura.

Bajo la influencia de cuatro siglos, que han sido aluvión de sangres distintas, devastaciones, edificaciones, creencias, ideas, dudas, necesidades nuevas, problemas, inquietudes, formas contradictorias, el mexicano de hoy aún siente no sé qué misterioso aire —subterráneo y familiar— que se desprende de las vasijas y otras clases de cerámica, de los juguetes y otras clases de industria popular, de las melodías, los ritmos, los colores, las danzas, las formas lingüísticas, los atavíos, la política, y el moblaje hogareño, el acumulación de imágenes dentro de las casas, el hibridismo religioso, las loterías con signos astronómicos y zoológicos, las supersticiones, los agobios, las esperanzas, las malicias, la indiferencia, las actividades habituales, los gestos y las actitudes corrientes del pueblo, señales todas estas más acendradas mientras más hondo es el estrato social de donde provienen; realidades vivientes que constituyen la atmósfera de la vida nacional y contra cuyo poder más o menos culto se han mellado los esfuerzos de aniquilamiento. Allí perdura el alma indígena con sus herencias, e infructuoso error ha sido el querer desconocerla y el obrar negándole beligerancia. Sus vicios han resultado así más peligrosos, y sus virtudes quedan como fuerzas perdidas, estancadas, en la historia del país. Ha llegado a padecerse un cierto género de absurda vergüenza por lo indígena, signo de una de nuestras mayores miserias y de ignorancia en cuanto lo indígena fue y es; en cuanto subsiste dentro del alma nacional.

Fuente: Agustín Yáñez, "Meditaciones sobre el alma indígena" en Sergio Montes García, *De educación y otros temas*, (Antología de próxima aparición). pp. 273-277.